

herejías ya que es conveniente que las haya ¹, cada cual en su tiempo, para que la verdadera fe, definida y confirmada con ocasión de ellas por la Iglesia, brille con nueva luz y se establezca y arraigue en las sociedades cristianas, dilatándose con mayor facilidad y presteza entre todas las gentes. "Recorriendo, dice un docto apologista ², esta larga historia (la de la guerra proseguida contra la Religión desde el tiempo de la predicación de los Apóstoles hasta nosotros), dos cosas hacen viva impresión en el ánimo: una de ellas, que las herejías se suceden unas á otras por un orden tan natural y en cierto sentido necesario, habida consideración á los tiempos y á la disposición de los ánimos, que no parece sino que la Providencia ha dejado la iniciativa á merced de los sucesos y subordinado su acción al influjo de las circunstancias; por una parte, la sucesión de los errores se ve tan claramente ordenada al bien de la Iglesia, que alguno diría que aun los novadores más atrevidos han abdicado la libertad de su albedrío para ponerse enteramente debajo del poder divino y servirle de instrumentos dóciles. Tal es el espectáculo admirable que se ofrece ante nuestros ojos."

No menos digno que ése es este otro lugar del mismo autor acerca del mismo asunto: ¿A quién no asombrará el ver la continuación maravillosa con que ha sido proseguida la gran discusión cristiana, que comprende ya diecinueve siglos, durante los cuales las herejías se suceden unas á otras casi por el mismo orden del símbolo católico? Durante los tres primeros siglos de nuestra era, la Iglesia parece ocupada principalmente en defender la unidad de Dios criador contra los paganos, los maniqueos, los gnósticos y una turba de herejes y filósofos que combatían sin cuartel los principios fundamentales que el Cristianismo había visto ya admitidos en el Imperio romano. Después de Constantino surgieron las discusiones sobre la Trini-

¹ Nam oportet et haereses esse, ut et qui probati sunt, manifesti fiant in vobis. (I Cor., XI, 19.)

² ACTORIE, de la Congregación de San Basilio, *De l'origine et de la réparation du mal*. (París, 1852), lib. III, cap. IX.

dad, sobre la Encarnación, sobre la persona de Jesucristo, sobre la gracia, sobre la redención, sobre el Espíritu Santo, sobre el culto de las imágenes y sobre algunos otros puntos. Pero se aproximaba el tiempo en que habían de ponerse en tela de juicio la autoridad de la Iglesia y la del mismo Jesucristo: como preliminar á estos debates, para que se fijaran bien las ideas acerca del sumo Pontificado, que iba á ser más necesario que nunca, la Providencia dió al mundo cristiano el espectáculo de las funestas luchas entre el Sacerdocio y el Imperio, y de los obstáculos y desventuras consiguientes á los cismas de Oriente y Occidente. Al fin llega Lutero, que embiste directamente á la infalibilidad de la Iglesia; y después de Lutero llegan los filósofos que niegan, junto con la misión de Jesucristo, los dogmas de la comunión de los Santos, de la remisión de los pecados y de la vida futura. Toda esta larga controversia continúa con perfecta regularidad; las cuestiones, debatidas una por una, se suceden después de las explicaciones ya suficientes, extendiéndose de manera que las últimas encierran á las anteriores: por donde ha resultado que, vencidos los protestantes y los filósofos, todos los errores caen á la par con los errores de ellos, y de esta suerte la derrota de la filosofía persuade á los ánimos á ser cristianos, como la derrota del protestantismo les obliga á ser católicos ¹."

El último de estos errores ha engendrado al primero, el protestantismo al racionalismo, y Dios, en los admirables designios de su Providencia, ha permitido que existan para la gloria de la Iglesia. El protestantismo fué un paso en que se salvó una distancia en la línea descendente del error, pues que los heresiarcas anteriores á LUTERO, negando y combatiendo éstos ó aquellos dogmas, reconocían, aunque no fuera sino con los labios, el dogma tutelar de todos ellos, la autoridad de la Iglesia; pero LUTERO negó, por su parte, este dogma, y erigió á la razón individual en regla y criterio supremo de la fe, divinizando en cierto modo á esa potencia superior de nuestra

¹ ACTORIE, *De l'origine*, etc., lib. III, cap. IX.

alma en el punto mismo en que abominaba de ella. De aquí al racionalismo incrédulo y absoluto, que pone en la razón, no sólo la regla, sino también el principio de la verdad, había poca distancia, la cual fué fácilmente recorrida por los directores del pensamiento moderno, KANT y HEGEL principalmente, á quienes han sucedido los positivistas contemporáneos, que á su vez niegan todo el sistema de las verdades inteligibles, reduciendo los conocimientos humanos á los que, próxima ó remotamente, se originan de los sentidos. La incredulidad, en suma, tendió sus negras alas en la región del pensamiento propiamente dicho, poniendo en incomunicación á nuestro espíritu, hecho carne á sus propios ojos, con las altas regiones á que naturalmente tiende, y, por consiguiente, con a vida sobrenatural de la fe.

Ahora, pues el curioso lector deseará, sin duda, saber en qué consista el honor que rinden involuntariamente á la verdad los filósofos incrédulos con todos sus adeptos, voy á ponerle delante de los ojos un luminoso pasaje de BOSSUET. Refiriéndose aquel insigne Prelado á nuestras pasiones y á nuestro orgullo, como á causa de nuestros errores, decía: "Por aquí se explica que haya incrédulos: Dios, *para dar una lección á sus hijos, consiente que haya quienes no creen en Él. Si no hubiera en el mundo ciegos y salvajes é infieles, aun en el seno mismo de los pueblos cristianos no conoceríamos, como nos conviene conocer, la profunda corrupción de nuestra naturaleza ni el abismo de donde nos ha sacado Jesucristo. Si su santa verdad no fuese blanco de contradicción, dejaríamos de verla, admirados, subsistir en medio de tantas contradicciones como sufre, y pondríamos, finalmente, en olvido que la gracia de Dios es lo que nos ha salvado. Pero acontece que la incredulidad de unos humilla á otros, y que los rebeldes que se oponen á los designios de Dios nuestro Señor hacen que brille con mayor esplendor el poder infinito con que realiza el mismo Dios las promesas que se dignó de hacer á su Iglesia.*

„¿A qué aguardamos, pues, prosigue el águila de Meaux,

para rendir nuestro entendimiento en obsequio de la verdad? ¿Acaso á que Dios haga siempre nuevos milagros, y á que, por efecto de su misma continuidad, pierdan éstos su eficacia, como realmente la perderían si nuestros ojos viesen habitualmente los milagros como ven la salida del sol y las otras maravillas del universo? ¿O aguardamos á que callen los impíos y los que estén obstinados en el error, ó á que los malvados convengan con los hombres de bien en dar, como ellos, testimonio á la verdad, ó á que todos unánimemente la prefieran á sus pasiones, ó, por último, á que la falsa ciencia, que muchos admiran á causa tan sólo de su novedad, deje de sorprender á los hombres? ¿No es, por ventura, motivo bastante para inducirlos á abrazar la Religión el ver *que no puede ésta ser impugnada sin mostrar sus adversarios, en los estupendos delirios que oponen contra ella, que tienen trastornada la razón y que el único medio de substraerse al imperio de ella es la PRESUNCIÓN Ó LA IGNORANCIA?*"¹.

Confesemos sinceramente que en ningún tiempo han sido más extraños y estupendos que en nuestros días los delirios de la razón humana emancipada de la fe católica. ¡Cosa notable! Después de haber conferido el racionalismo germánico á nuestro pensamiento el poder, no sólo de conocer, sino hasta de *crear todas las cosas, incluso el mismo Dios, ó de convertirse sucesivamente en todas ellas, explicándose á sí misma en una serie de evoluciones, cada una de las cuales implica el absurdo de afirmar, comprendiéndolos en una síntesis suprema, el ser y el no ser, hemos visto sobrevenir, como en castigo de tanta soberbia, el sistema que niega á la razón humana el conocimiento de todo lo que sobrepuja á los sentidos, rebajando de esta suerte á los hombres hasta el nivel de los animales brutos, ó mejor, confirmando el dicho de Mefistófeles en el Fausto de GOETHE: que la razón no sirve al hombre sino para ser más bruto que los brutos*². El famoso *Ignorabimus* ha venido á ser

¹ *Disc. sur l'hist. univ.*, II p., in fine.

² Er nennt's Vernunft und braucht's allein,
Um thierischer als jedes Thier zu sein.

la última palabra de la ciencia moderna sobre todo lo que no se pesa y se mide, quedando así convertida la ciencia del alma en Fisiología, la Religión en mero sentimiento interno sin realidad alguna, la Estética, la Etica y el Derecho natural en tratados ó fragmentos de historia, y en mera Gramática empírica el arte que nos enseña á discurrir.

Mas porque, á pesar de cuantos esfuerzos se hagan para extinguir la llama del pensamiento especulativo, éste tiende siempre á lo alto, buscando las causas y razones últimas de las cosas, he aquí que los positivistas, sin temor á contradecirse á sí mismos, para explicarlas á su modo fingen hipótesis inauditas, ó mejor dicho, delirios tan estupendos, que á no verlo nadie creería á la razón humana capaz siquiera de concebirlas. Ahora, como siempre, se ha cumplido el dicho de BOSSUET: que no puede ser combatida la verdad de la fe sin que á sus adversarios se les turbe miserablemente la razón, desvaneciéndose ellos en sus pensamientos y tornándose insensatos.

¡Qué gloria la de la Religión verdadera, no tener por enemigos sino únicamente á los necios!

Vengamos ahora á la segunda parte del programa cristiano del progreso, que consiste en la adquisición y uso de aquellos bienes temporales que se refieren, en expresión del grande AGUSTINO, al fruto de la paz terrena en la ciudad terrena, ó, según el lenguaje moderno, á la civilización y cultura de los pueblos.

III

Pocas líneas pienso dedicar al progreso considerado en las sociedades humanas, porque el estudio y consideración del impulso y movimiento en que consiste la civilización, á que conduce ese progreso, están ligados estrechamente con los principios de que procede, y por ahora debo contentarme con exponer el hecho histórico en que se ostenta, y la ley providen-

cial conforme á la que se van acrecentando más y más entre los hombres los bienes temporales y externos, cuya posesión constituye la paz anunciada á los hombres de buena voluntad. Antes, sin embargo, conviene declarar qué sea *civilización*, y qué *cultura* propiamente dicha, ya que merced á entrambas cosas puede el hombre gozar en la sociedad de tales bienes.

Si bien se mira, no es la civilización sino aquel estado ó perfección que posee la sociedad humana cuando puede proporcionar á sus miembros el bien para el que la misma sociedad está ordenada; bien que ni el individuo puede conseguir por sus solas fuerzas, ni la familia puede tampoco procurarle. Consta ese bien de los medios que han menester los asociados para ejercitar libremente sus derechos, para cumplir fácilmente sus deberes, para perfeccionar su naturaleza y desarrollar sus facultades. Todos los bienes que la sociedad ofrece al hombre cuando es perfecta ó está civilizada, se ordenan á la felicidad imperfecta de sus miembros en esta vida, según que está á su vez ordenada á la dicha inmortal del Cielo. Excusado es decir que cuanto es la sociedad más perfecta ó civilizada, ó mejor dicho, cuanto más se aproxima al ideal de su perfección, representada desde la eternidad en el entendimiento divino, tanto más visiblemente se manifiesta en ella el dedo de Dios, que ha instituído la sociedad civil para la gloria de su nombre y para la paz y felicidad de sus criaturas.

Parte muy preciosa de la *civilización*, tomada esta palabra en sentido lato, es la *cultura* propiamente dicha, ó sea la perfección intelectual, de la que se originan las ciencias, las artes y la industria y todo lo que pertenece á la comodidad, defensa, ornamento y honesto solaz del hombre en la presente vida. No es ciertamente la cultura parte esencial de la civilización, porque ésta se refiere á la voluntad y consiste en la observancia del orden moral aplicado á la vida social, mientras que la cultura es objeto del entendimiento y aun de la fantasía; pero procede de ella, es hija suya legítima y su más bello ornato y complemento. Desgraciadamente suele á veces la